
El sistema internacional a fin de siglo

Cecilia Villanueva Bracho*

Con el fin de la Guerra Fría el orden mundial se ha modificado. Vivimos un momento histórico trascendental de cambios constantes y reajustes en la estructura del sistema mundial que se suceden a una velocidad tal que es difícil mantener el seguimiento y la comprensión de los mismos.

Nada es hoy cierto o definitivo, predecible ni menos aun profetizable, en un orden mundial en crisis y en transición hacia no se sabe qué... No se vive actualmente el fin de la historia, sino la historia de un fin, el del orden emergente de la Segunda Guerra Mundial y las primeras décadas de la posguerra, sin que por ahora se profile siquiera una firme alternativa en gestación y avance.¹

Así, también ha cambiado nuestra concepción del mundo. Lo que ayer ni siquiera era concebido como global, sino como simplemente mundial, hoy ya lo es. No podemos partir más allá del esquema "tradicional" de polos de poder (es decir, del esquema de interpretación de las relaciones internacionales prevaleciente tras la Segunda Guerra Mundial), divididos en Este-Oeste y Norte-Sur, siguiendo una visión maniquea de nuestro entorno.

El nuevo orden mundial en gestación, cuyos hechos y fenómenos son cada vez más complejos e interdisci-

plinarios, está siendo determinado por factores distintos a los tradicionalmente concebidos. Los actores decisivos están dejando de ser los Estados nacionales —contrario a lo que sostiene Samuel Huntington y compartiendo la visión de Michael T. Klare—,² en tanto que otros sujetos con creciente participación dominan el escenario internacional: organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales, corporaciones multinacionales, asociaciones financieras y medios de comunicación, entre otros.

El poder a nivel internacional está dado, en menor grado, por la fuerza militar, ideológica y territorial. Ya no cuentan las conquistas al estilo imperial, el dominio de rutas marítimas —como el de la flota inglesa— ni la posesión y control de armas nucleares. Ahora tienen importancia el control y dominio de los medios de comunicación y de la información en sí, de los sistemas de informática y de telecomunicaciones, el desarrollo de la tecnología espacial, el comercio de bienes y servicios a gran escala, el tráfico aéreo y marítimo, los índices del crecimiento económico y la capacidad exportadora.

Así, están emergiendo nuevas fuentes de poder menos tangibles, como la riqueza histórica y cultural, la cohesión nacional, la estabilidad política e institucional, el desarrollo científico y tecnológico, los recursos naturales, el sistema laboral y educativo y la presencia en foros y organismos internacionales. Como resume

* Licenciada en Relaciones Internacionales por la UNAM y miembro del Servicio Exterior Mexicano. Actualmente tiene el cargo de cónsul alterno en el Consulado General de México en Hamburgo, Alemania. Autora de *El arte de México en el mundo* y colaboradora de *Patrimonio artístico de la Cancillería mexicana* y de Jorge Castañeda, *Obras completas*.

¹ Marcos Kaplan, *El sistema en la era de la incertidumbre*, México, UNAM, 1994, p. 13.

² Véase Michael T. Klare, "Redefining Security: the New Global Schisms" en *Current History*, vol. 95, núm. 604, noviembre 1996, pp. 353-358.

Nye, citando a un profesor japonés, "para ser una verdadera gran potencia, la cultura de una nación (en términos más amplios) debe tener relevancia para otras culturas".³

En efecto, el poderío económico no es el único factor determinante en la constelación mundial. En este contexto, la afirmación respecto a que Estados Unidos es el único país hegemónico a nivel mundial no es tan cierta como se pretende. En el actual sistema económico globalizado e interdependiente el relativo poder económico de los países ha cedido cada vez más el lugar a otras entidades con fuerza superior, como son los grandes consorcios económicos y las empresas transnacionales que, por lo general, están compuestos de capitales provenientes de varios países y cuyos intereses responden a los de sus accionistas más diversos. De tal suerte, predominan en el mundo contemporáneo "las empresas de mayor fuerza financiera, de mejor acceso a los mercados de dinero, capitales y consumo y de mejores relaciones con el Estado".⁴

Si bien es cierto que detrás de esas agrupaciones se encuentran Estados específicos que ostentan el poder y que quizá sean los más desarrollados del mundo "occidental", el poder económico con que cuentan no lo detentan por sí solos, sino solamente a través de su participación en las actividades empresariales a nivel nacional, regional o mundial. Aquí cabría preguntarse quiénes son realmente los sujetos "finales" o "claves" de las relaciones internacionales en la nueva configuración del orden mundial.

Los Estados nacionales están dejando de ser los actores principales de las relaciones internacionales por la propia necesidad de cooperación para poder hacer frente a los problemas que aquejan a todo el mundo, y que por su propia complejidad, extensión y difusión no pueden ser resueltos de manera aislada e individual. No cabe duda de que se requiere la conjunción de esfuerzos de una gran variedad de actores para abordar y solucionar problemas como el narcotráfico, el terrorismo, las migraciones, los conflictos nacionalistas, el deterioro ecológico, las epidemias, el hambre y la miseria.

Esta relación de interdependencia que se vive en un mundo cada vez más globalizado es efectivamente "asimétrica", como la califica Marcos Kaplan,⁵ y será

³ Joseph Nye, *Bound to Lead: the Changing Nature of American Power*, Nueva York, Harper Collins, 1990, p. 168.

⁴ Marcos Kaplan, *op. cit.*, p. 14.

⁵ *Idem.*

necesario que los países en desarrollo busquen un mayor espacio de participación en el contexto de la globalización, aun cuando parezca que quedarán excluidos del sistema internacional del futuro, cualquiera que éste sea.

Muchos países en desarrollo "están condenados a la marginación",⁶ porque su población no dispone ni siquiera de los satisfactores básicos para garantizar su subsistencia (por ejemplo, Haití, Etiopía, Ruanda). Personas pobres, con ingresos ínfimos o sin trabajo, que existen tanto en las economías industriales como en los países en desarrollo, han quedado rezagadas de los procesos de cambio, y a ellas "apenas, o nada han afectado la globalización y la liberalización".⁷ Pero aunque han quedado excluidas de las promesas de prosperidad, de alguna forma pueden estar ajenas a los procesos mundiales.

En este sentido, Klare sostiene que, en virtud de que no todas las naciones se han beneficiado de la riqueza global y de que muchas personas siguen viviendo en condiciones de pobreza extrema, la población ha dejado de tener confianza en la capacidad del Estado para satisfacer sus necesidades básicas. Es por ello que la población marginada ha buscado apoyo en otras formas de agrupación social, agudizándose aún más los conflictos internos junto con los antagonismos étnicos.⁸

Por lo tanto, los países en desarrollo deberán imponerse con mayor fuerza para evitar ser objeto de la globalización y no quedar al margen de los posibles beneficios que este fenómeno les pueda aportar, a la vez que deberán replantear alternativas viables al desarrollo social y a la resolución de los grandes problemas del mundo.

En este marco general de análisis, cabe señalar la diferencia entre dos procesos fundamentales del actual sistema internacional: la globalización y el regionalismo. Mientras que en el primero las partes se diluyen, se entremezclan, reduciendo los rasgos particulares, en el segundo las partes mantienen y acentúan sus rasgos diferentes, que son los que le dan fuerza y unidad a la región.

Estados Unidos juega un papel protagónico en ambas vertientes: por un lado, fomenta el regionalismo

⁶ Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), "La inserción de América Latina y el Caribe en una economía internacional globalizada" en *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe*, México, CEPAL, 1996, p. 28.

⁷ *Ibidem.*, citando al secretario ejecutivo de la UNCTAD, p. 20.

⁸ Véase Michael T. Klare, *op. cit.*, pp. 355-356.

económico (evidente con la firma del Tratado de Libre Comercio con México y Canadá) como una respuesta estratégica a los retos planteados por la consolidación y ampliación de la Unión Europea y por la formación de un grupo cada vez más competitivo en el sudeste de Asia; por el otro, impone sus patrones de consumo y conducta, así como sus *clichés* culturales a gran parte de la población mundial. Sin embargo, Estados Unidos no ha otorgado en el plano político su apoyo incondicional al regionalismo en el continente ni ha logrado afianzarse como hegemon mundial en lo que se refiere a la universalización de la democracia liberal en el mundo. De igual manera, no se puede hablar de una generalización del capitalismo como tendencia globalizante de la economía internacional, a pesar del derrumbe del régimen socialista. Con certeza, István Rév sustenta la “victoria *post mortem* del comunismo”.⁹

El planteamiento actual en materia de relaciones internacionales no debería ser la discusión en torno a que si actualmente el mundo se caracteriza por un sistema uni, tri o multipolar, sino sobre la capacidad que tienen las potencias en cuestión para resolver los problemas mundiales. En este sentido, considero que el cúmulo de exigencias que se presentan a los nuevos candidatos a hegemon mundial (y entendiéndolo por ello también la disputa por ocupar un sitio como miembro permanente en un reformado Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas), deberían ser los nuevos parámetros para la reflexión en este sentido y, por consiguiente, para la definición del nuevo orden mundial.

Estados Unidos difícilmente podrá —o incluso podría no querer— ser el hegemon en un mundo unipolar. Primero, porque enfrenta —tal y como indica Jeffrey E. Garten— serios problemas sociales, económicos y culturales internos que requieren atención inmediata y prioritaria.¹⁰ Segundo, por la dificultad de mantener una hegemonía exclusiva perdurable, no sólo ante la

palpable reducción de la brecha que lo separa de sus competidores más fuertes —Japón y Alemania—, sino también ante las amenazas y la propia inestabilidad del sistema internacional. Tercero, porque el papel de superpotencia con exclusividad implica también deberes y obligaciones vinculadas al desempeño hegemónico, con lo cual no sólo tendría que aceptar la responsabilidad de los problemas mundiales, sino demostrar su capacidad “para incorporar una parte sustancial del planeta a los logros de la reestructuración global...”,¹¹ intentando superar así la relación de interdependencia asimétrica. Cuarto, porque un sistema tri o multipolar ofrece una gama más amplia de posibilidades de interrelación en todos los ámbitos. Quinto, porque un mundo dividido, como lo fue todavía hace poco en Este-Oeste y lo sigue siendo en Norte-Sur, ofrecía (u ofrece) una posición relativamente cómoda en cuanto al deslinde de responsabilidades, pero también respecto a la posibilidad de poder contar con una contraparte, ya sea para el diálogo o el conflicto, elementos dialécticos esenciales en cualquier evolución social.

Es así como “subsiste la incertidumbre sobre la capacidad de las potencias y países avanzados para manejar racionalmente sus divergencias y rivalidades, asumir en conjunto un pilotaje global del sistema internacional y ofrecer alternativas a las demandas de un Tercer Mundo complejo y contradictorio”.¹²

Por ende, el análisis del sistema internacional deberá adaptarse a estos cambios. Ya no podrá tomar en cuenta los mismos parámetros y valores, sino que deberá plantearse nuevos paradigmas para la comprensión e interpretación de los fenómenos y hechos sociales. Quizá este sea el momento crucial para impulsar un proyecto más humanista de la globalización y para que la nueva estructura de poder incorpore otros elementos más humanos, más apegados a lo que debería ser una mejora de las condiciones de vida del hombre.

⁹ Véase István Rév, “The Post Mortem Victory of the Communism” en *Deedalus*, Journal of the American Academy of Arts and Sciences, Estados Unidos, verano 1994, pp. 159-169.

¹⁰ Jeffrey E. Garten, *A Cold Peace. America, Japan, Germany and the Struggle for Supremacy*, Nueva York, The Twentieth Century Fund, 1993, p. 26.

¹¹ Marcos Kaplan, *op. cit.*

¹² *Ibidem.*, p. 3.